

Reseña de Libros

La falacia de la ignorancia feliz

Por Ruth González

Título: Matar a un ruiseñor

Autor: Harper Lee

Número de páginas: 416

Editorial: Zeta Bolsillo

ISBN: 9788498722734

Hijo mío, hay muchas cosas feas en el mundo, me gustaría que no las vieras, pero no es posible. (Fragmento de *Matar a un ruiseñor*)

En la vida de la mayoría de persona hay un punto de inflexión en que pierden parte de su inocencia. Sucede de diferentes formas y en distintos momentos. El temprano contacto con la muerte suele ser uno de esos momentos: es entonces que se cae en la cuenta de que el depredador natural de todo lo viviente es la omnipresente parca y que, por mucho que se le rehúya, no hay forma de escaparse. Sin embargo, probablemente el contacto con esta ineludible realidad no sea tan traumático como lo es el descubrimiento del horror cotidiano, la brutalidad, la maldad, la injusticia, la realidad descarnada y la certeza de “hay muchas cosas feas en el mundo”.

Si bien se suele decir que el conocimiento es poder, también puede ser el origen de la pérdida de la inocencia, así como el génesis del sufrimiento. Porque cuando se sabe lo que está mal, duele saberlo, y más aún cuando no se puede cambiar. Y es que en algunos casos pareciera ser que la ignorancia es la patria de la eterna satisfacción. Se está contento viviendo en ella porque no se conoce algo mejor (ni siquiera se sospecha) y porque, mientras el horror no sea palpable, no existe, no hace daño.

Si hablamos de un libro que aborda esa dura realidad (la realidad de quien despierta ante el horror y pasa de la ignorancia al conocimiento), debemos mencionar a *Matar a un ruiseñor* (la única novela de la escritora estadounidense Harper Lee), ganador del Premio Pulitzer de Literatura de 1961.

El argumento de este libro se sitúa en un pueblo ficticio de Alabama, durante la Gran Depresión. En ese entorno plagado de pobreza y discriminación social y racial, la narradora de los acontecimientos es Scout Finch, una niña de seis años de edad que vive con su hermano mayor Jem y su padre Atticus, quien es un abogado viudo, íntegro, sin prejuicios y que ha criado a sus hijos en un micro-mundo atípico en el que todos tienen las mismas posibilidades de expresar sus opiniones; en que los niños no son confinados a un “mundo infantil” lejos de las pláticas “de adultos”; en el que el libre pensamiento y la libertad para actuar de acuerdo con principios y no con base en los usos sociales es, no solo permitido, sino también alentado. Es un hogar de seres atípicos, que creen en los principios y en la justicia, y que no se percatan de lo diferentes que son en relación con las demás personas que les rodean.

En ese ambiente atípico transcurren las primeras páginas de la novela en las que se nos introduce en lo que parece el típico relato de una niña curiosa que relata sus constantes travesuras y su percepción del mundo. Sin embargo, poco a poco el relato cobra otro matiz, menos idílico: los niños están fascinados por un misterioso y tímido vecino que nunca sale de su casa (al que se le conoce como “Boo” Radley), quien es el protagonista de múltiples leyendas urbanas y que, poco a poco y de manera indirecta, entabla relación con ellos. Paralelamente a este evento, el padre de Scout y Jem se encarga, por decisión propia y en conformidad con sus principios, de defender a un afroamericano de nombre Tom Robinson, acusado de violar a una joven mujer blanca.

Es en esta parte de la novela que surge una de sus temáticas principales: hacer el bien, hacer lo correcto, lo justo, es una labor solitaria e incomprensida. En este sentido se plantea que la sociedad pone en la picota a sus ciudadanos honestos, ya que en muchas ocasiones hacer el bien es considerado como hacer exactamente lo opuesto, no porque se actúe en contra de los principios éticos y morales, sino porque se va contracorriente, porque se es diferente, porque se atenta contra los privilegios, opiniones y creencias de la mayoría. Se plantea, entonces, una triste realidad: ser diferente es un lujo, cuyo precio hay que pagar con intereses.

En el caso del precio pagado por los protagonistas de *Matar a un ruiseñor*, ser diferentes implica ser objeto del repudio colectivo: Atticus, quien siempre había sido respetado por sus vecinos, es víctima de la violencia y de la persecución que le acarrea el ser “amante de los negros”; esta consecuencia, a su vez, alcanza también a sus hijos quienes enfrentarán el prejuicio, serán testigos del odio gestado incluso en las personas que parecían incapaces de tal reacción y se

darán cuenta de que, aunque pensaban que la gente de su pueblo era “la mejor del mundo”, en realidad no lo son. Ese desencanto, esa pérdida de la inocencia tiene su punto culmen cuando Tom Robinson, en un intento desesperado por escapar de la cárcel y evitar su linchamiento, recibe diecisiete tiros.

Aunque pareciera que con este asesinato la sed de venganza debiera haberse aplacado, en realidad sucede lo contrario, ya que ambos niños, Scout y Jem, sufren un atentado del cual son salvados por el misterio vecino “Boo” Radley quien, por lo que las pruebas parecen indicar, en la reyerta asesina al atacante. Ante la posibilidad de entregarlo a las autoridades, Scout concluye que no sería lo correcto, ya que “sería como matar un rruiseñor”, como condenar a un alma noble que, al igual que el rruiseñor, no busca hacer daño y no anida maldad. Es así como todos los implicados en el caso deciden, ante la falta de pruebas concluyentes, asumir que el atacante murió como consecuencia de un accidente y de esta forma evitar lo que consideran una injusticia en contra de una persona que ha actuado solidariamente. De hecho, al comparar a “Boo” Radley con el atacante, el sheriff del pueblo concluye que este último (a diferencia de Radley) es “de la clase de hombres a los que conviene pegarles un tiro antes de darles los buenos días. Y aun así no valen el precio de la bala”. Es en este momento de la trama en que se plantea un profundo dilema ético, que de hecho es uno de los temas secundarios de la novela: ¿cómo se define lo que es justo en una sociedad que es injusta? ¿Cómo se puede vivir con la conciencia tranquila cuando se sabe que el mundo condena duramente a las víctimas, y no así a los victimarios? ¿Cómo se hace para salvar a los inocentes, a “los rruiseñores”, quienes parecen estar más a merced del prejuicio desbocado y de la injusticia aplicada de manera errada?

Con temáticas tan universales como la justicia, las consecuencias del racismo, la pérdida de la inocencia, la ética y la moralidad, no es de extrañar que *Matar a un rruiseñor* sea un clásico de la literatura contemporánea y que su impacto haya sido tal que, de alguna forma, impulsó la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y siga teniendo vigencia todavía en nuestros días.

Y es que hacer el bien, lo que es correcto, tener la entereza para ser diferente y para guiarse por sus propios principios sigue siendo una labor difícil, titánica, a tal punto que quienes se empeñan en ello muchas veces sufren el doloroso despertar que produce el percatarse que su escala de valores no es compartida en una realidad en la que, en muchas ocasiones, lo “bueno” es “malo” y lo “injusto” es “justo”.

Sin duda, tanto en el pasado como en el presente, ser una “oveja descarriada”, una “oveja negra”, es y ha sido una aberración. Por años se nos ha enseñado que es mejor ser una oveja conformista, cobijada por el calor y aceptación del gran rebaño. No importa que sea un rebaño desconcertado, perdido en sus propias ensoñaciones y prejuicios. No importa que corra presuroso al encuentro de su propio desastre. No importa. Lo que importa es no llamar la atención, no ser diferente, no despertar sospechas, no oponerse. Es mejor vivir en una ignorancia feliz.